

Biblioteca-Films

LA HUERFANITA

Núm. 19

25
cénts.



**SANDRA
MILAWANOFF**

BIBLIOTECA FILMS

TÍTULO DE LA SUPREMACIA

PUBLICACIÓN SEMANAL

REDACCIÓN:

Urgel, 40, 2.º, 2.ª

O

Teléfono 3028-A

BARCELONA

APARECE TODOS LOS MARTES

REVISADO POR LA CENSURA MILITAR

LA HUERFANITA

por **Federico Baulet**

Según la película de **Luis Feuillade**

Super-producción « **GAUMONT** »

Valencia, 233. -Barcelona

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA

Interpretada por

Sandra Milawanoff	<i>La Huerfanita</i>
M. Hermann	<i>Conde Realmont</i>
Biscot	<i>Nemorin</i>

PRÓLOGO

Amanecía. En una ventana del chalet «Villa Tanit,» desde la que se divisaba la habia de Argel, se asomaba un caballero de elevada estatura, delgado, pero de aspecto robusto; los cabellos largos y desordenados, la barba grisácea y bien cuidada, le daban el aspecto de un pensador; si bien, por su mirada torba, codiciosa y por su ceño adusto parecía un aventurero.

Un coche se paraba a la puerta del chalet, y, momentos después, entró en la estancia una joven con vestido de baile, esbelta, de una belleza delicada y grave, que ofrecía en toda la plenitud de sus encantos el tipo eslavo.

Arrojó sobre una silla la preciosa capa de pieles y dirigióse al caballero que la esperaba:

—¿Tan madrugador, Sakunine?... ¿Qué sucede?

—Parece mentira, Nadia, que usted tenga humor para divertirse mientras nuestros desgraciados compatriotas sufren en Rusia la esclavitud de los zares... ¡En el baile toda la noche!...

—No creo que haga mal en asistir a una fiesta oficial.

—¡Una fiesta a la que han asistido oficiales del ejército francés, como ese capitán que la ha acompañado a V. hasta la puerta y a quien ha despedido con un beso!

—Sakunine, le prohíbo inmiscuirse en mis asuntos particulares.

—¡Qué pronto ha olvidado a su difunto esposo, a aquel mártir de sus ideas nihilistas que llegó en 1900 a Argel huyendo del imperialismo ruso!... ¡Si él viera que tres años después...!

—Supongo que el objeto de su visita será otro que el de hacerme cargos.

—En efecto, condesa, hay malas noticias: Wasnezoff ha fallado el golpe; seguramente le han traicionado, pues la mañana que debía arrojar las bombas, la policía invadió su casa, y él huyó por una ventana. Es probable que venga aquí. Esto quiere decir que aun necesito más dinero del que me entrega V. para nuestros gastos...

—Tendrá el dinero... ¿qué más?

—Ahora un consejo, Nadia. Sin querer meterme en los asuntos de su vida privada, debo aconsejarla que vigile los impulsos de su corazón, pues sería fatal para nuestra causa que V. intimase demasiado con ese capitán de Cazadores de Africa con quien ha pasado V. la noche en el baile. Nuestros hermanos de causa la vigilan y saben que Nadia, condesa de Sokoloff, ama al Conde de Realmont.

—No sé si le amo; pero juro que de ningún modo ese amor puede perjudicar a la causa de los nihilistas rusos.

—Condesa, créame, márchese de Argel para sustraerse a la influencia del capitán Realmont y que nadie más que yo sepa su paradero.

—Pues bien, saldré de Argel.

Ernesto de Realmont, pasó los días sucesivos saboreando el recuerdo de aquella mujer que había bailado toda la noche con él y que le había dado muestras inequívocas de no serle indiferente.

Por fin se determinó a visitar a Nadia en su «Villa Tanit».

Grande fué su sorpresa al saber que la condesa de Sokoloff había partido hacía dos días y sin rumbo conocido. Quedó aterrado. Solicitó quince días de permiso; tomó el tren de Argel a Constantina, y, después de apearse en Saint-Arnaut, trasladóse en coche a las ruínas de Djemmila.

Mientras visitaba las ruínas, con el pensamiento fijo en la ingrata condesa, oyó pasos tras sí, volvióse.

—¡Cómo!... ¿Usted aquí, Nadia?

—¿Se alegra V..., Ernesto, de volverme a encontrar?

—Me sorprende esta coincidencia.

—¿Y no la celebra?

—Nadia, no comprendo como huya usted de mí, habiéndome asegurado que me ama.

—Sí, Ernesto, le amo y solo a usted; pero hay en mi vida un secreto que me está prohibido revelar.

—Pero su huída...

—No me es permitido explicarle nada más. Piense solo que le amo y que mi secreto es ajeno a cosas del corazón.

—Esto me basta, Nadia mía.

Nadia, con un movimiento de ternura se arrojó en brazos de su amante y ambos juntaron sus labios ardorosos.

Una rústica casita de los alrededores de Djidjelli, era el nido del amor de la condesa Nadia Sokoloff y del capitán conde Ernesto de Realmont. Su felicidad no era turbada por ningún agente extraño. Pero un día, antes de terminar la quincena del permiso de Ernesto, recibió la condesa este telegrama: «Venga inmediatamente. — Sakunine».

—Ernesto, me marchó esta noche a Argel.

—¿Qué sucede? ¿No puedes esperar cinco días y marcharíamos juntos?

—Imposible, Ernesto; y no me preguntes el motivo que me obliga a ello... No puedo decirte ni una palabra...

—¿Te espera alguien allí?

—¡Oh, Ernesto mío!... ¡No dudes de mí!... Entre tu y yo no hay nadie; pero no puedo decirte más, te suplico que no me interrogues.

—Si me amas dejarás que parta contigo.

—No, eso no; no puedes acompañarme...

—Te obedeceré.

Horas después se abrazaban amorosamente, y Nadia partía en dirección a Argel.

A los dos días Ernesto de Realmont voló a Argel; encaminóse a la «Villa Tanit»; pero para no disgustar a Nadia fuése al círculo militar; su pensamiento, fijo siempre en la condesa, impulsóle a volver a casa de Nadia. Apuntaba el alba. Al llegar frente a la villa Tanit se detuvo temblando. En el primer piso se veía luz por la ventana y divisó dos sombras que pasaban por detrás de los cristales. Detúvose y acechó.

Desaparecieron las sombras; pero, a través de la verja del jardín, vió que se abría la puerta de la casa y salía Nadia con un caballero joven. En la puerta, la condesa despidió al desconocido con un beso.

Aquel desconocido era Wasnezoff y el beso era el saludo que cambian los rusos en circunstancias solemnes, exento de toda significación amorosa.

Aquel beso trastornó a Ernesto. Cuando hubo salido el desconocido determinó hablar con Nadia.

Esta entró en su casa y Sakunine le dijo:

—Nadia, nos espían, han visto salir a Wasnezoff.

—¿La policía?

—No, el capitán de Realmont; lo he visto desde la ventana.

—¿Qué habrá pensado al verme con un hombre?... Ya se lo explicaré todo.

—No, condesa, le prohíbo hable con el capitán de nuestros asuntos.

Llamaron a la puerta, Nadia exclamó:

—Es él.

Sakunine sacó un revólver que enseñó a Nadia.

—Condesa, escondido tras esa cortina, oíré toda su conversación; si hace V. al conde la menor revelación, le mato delante de V.

Escondióse Sakunine; entró Realmont y, disimulando su emoción, dijo a Nadia:

—Perdóname esta visita a hora tan intempestiva; pero debo hacerte una pregunta: ¿Quién es el hombre que acaba de salir de aquí?

Nadia, sin contestar, bajó la cabeza y se echó a llorar; y por más que Ernesto volvió a repetir la pregunta, no fué posible obtener ninguna respuesta. Hubo un momento en que Nadia quiso hablar; pero volvió la faz hacia la cortina, vió el revólver dirigido hacia el capitán, y se encerró en un mutismo absoluto. El capitán salió llevándose un infierno en el alma. Nadia quiso seguirle y gritaba:—¡Ernesto!... ¡Ernesto!; pero Sakunine sujetándola con una mano, le puso la otra en la boca.

Vuelto a su casa, Ernesto de Realmont llamó a Nemorin, su asistente, y le indicó que no quería ver a nadie. Se encerró en su despacho y dió rienda suelta a sus lágrimas que fueron como la válvula de su dolor.

La condesa de Sokoloff estuvo enferma de cuidado; cuando se halló en disposición de salir, dió a su criado orden de enganchar. Se proponía ir a casa de Ernesto de Realmont. En aquel instante llamaron a la puerta.—Debe ser él—pensó. Era Nemorin, su asistente.

—Señora condesa—dijo Nemorin saludando militarmente y entregándole un sobre—de parte del capitán Realmont.

Abrió el sobre que contenía una sortija,—la que ella había regalado al conde—y la tarjeta de Ernesto.

—¿Dónde está el Señor de Realmont?

—Mi capitán se ha embarcado esta mañana para Egipto; ha solicitado la licencia absoluta y, entretanto, ha pedido unos días de permiso. Nadie sabe donde ha ido.

—Gracias Nemorin.

En el momento en que el asistente se disponía a salir, la condesa dió un chillido y cayó desmayada.

I

Han transcurrido diez y ocho años. Nemorin, se ha casado con una jovencita, Dolores; y, con unos cuantos billetes de mil francos que aquél había heredado, han instalado un café en Biskra. Pero su mujer es tan hermosa, como ligera de cascos y ha trabado amistad con un joven aventurero llamado Esteban, que aparenta ser el mejor amigo de Nemorin, para mejor cubrir los ilícitos amores con su joven esposa.

Llegó Esteban al café y Dolores salió a recibirle.

—Dolores, estás dispuesta a seguirme?

—Sí; pero nos falta dinero, Esteban.

—Tendremos los veinte mil francos de tu esposo. Toma este frasco; basta que le pongas veinte gotas en una copa de anís y... ya lo tienes dormido durante doce horas; le robamos y levantamos el vuelo.

Poco después Esteban se despedía cariñosamente de Nemorin y de Dolores.

Cuando llegó la hora de cerrar el café, y mientras Nemorin limpiaba las mesas, pidió a su esposa que le preparase la copa de anís, como tenía por costumbre; por un espejo vió Nemorin como su esposa sacaba un frasquito del seno y le ponía unas gotas en la copa; hizo el desentendido y, al presentarle la copa su esposa, dióle las gracias y la mandó que fuera a cerrar la cocina. Cuando hubo salido Dolores, Nemorin arrojó el contenido en el mostrador, y al volver su mujer dejó la copa y se enjugó los labios, para darle la impresión de que había ingerido el anís.

Acostáronse. Nemorin hizo ver que estaba narcotizado. Su esposa se levantó, buscó en el chaleco de su esposo la llave del cofre, que estaba allí mismo, lo abrió, tomó en sus manos una caja de latón que contenía los veinte mil francos y salió. Nemorin, lo había visto todo. Se

levantó, y en el momento en que Dolores abría la puerta para huir, Nemorin la cogió por el pescuezo y la arrojó contra la escalera. Dolores quedó inerte, y el cafetero, creyendo que la había matado, se apoderó de su dinero y huyó. No bien hubo caminado doscientos pasos, alguien le cogía por el brazo.

—¿Dónde vas, Nemorin?

—No me detengas, Esteban, acabo de matar a mi mujer.

—¿Has asesinado a Dolores?...

Nemorin explicó en pocas palabras lo sucedido. Esteban le hizo volver hasta la puerta de su casa y le dijo:

—Espérate aquí; voy a ver si está muerta.

Subió Esteban y halló a Dolores en cama.

—Tu marido cree que te has muerto.

—Poco ha faltado.

Pues vamos a aprovechar esta circunstancia para que él huya lejos. Voy a decirle que estás muerta: huirá; venderemos el café y marcharemos de Biskra.

En efecto, bajó Esteban y comunicó la triste noticia del fallecimiento de Dolores, incitándole a huir para que no cayera en manos de la policía. Fueron a ver a un camellero a quien Esteban pudo hablar en particular para que una vez en el desierto le robara, por la violencia, los veinte mil francos que llevaba, y alquilaron un camello par huir al desierto.

A la caída de la tarde, el árabe acompañante sacó una pistola y, apuntando a Nemorin, le exigió la entrega de los veinte mil francos. Nemorin se negaba; pero no tuvo más remedio que bajar del camello y dejarse registrar. Mientras el árabe le metía mano en los bolsillos, Nemorin cogióle el brazo, le retorció la muñeca y le arrebató el arma, recuperando su dinero y haciendo huir al traidor acompañante.

Nemorin se dirigió a Argel.

La condesa Sokoloff, víctima del aventurero Sakunine, había perdido su inmensa fortuna y su salud.

Diez y siete años antes,—nueve meses des-

pués de haber desaparecido el conde Ernesto de Realmont—la condesa tuvo una preciosa niña, Juana, que ahora estaba a su lado en un cuartucho de un barrio miserable de la parte francesa de Argel. La condesa llevaba varias semanas en la cama, cuidada por su hija, una joven rubia, de hermosos ojos que revelaban una expresión de energía y una gravedad precoz. En aquel instante había salido el médico dejando a las dos mujeres consternadas: la condesa no tenía cura.

De súbito abrióse la puerta y penetró en el cuarto un hombre que dijo:

—Señoras, por compasión, escóndanme, que me persiguen.

Madre e hija se abrazaron miedosas; más al cabo de un momento la condesa, reconoció al recién llegado, exclamando:

—¡Nemorin!...

—Señora, mucho me extraña que conozca usted mi nombre.

—¿No me reconoce V.?...—Nemorin se encogió de hombros.—Soy la condesa Nadia Sokoloff.

—¡Ah!... Que vivía en la «Villa Tanit» y que el capitán Realmont...

—Mira, Juanita, aprovecha la estancia aquí de este señor para ir a la compra.

Salió Juanita y Nadia contó a Nemorin todas las vicisitudes de su vida: Un malvado, Sakunine, la había llevado a la miseria robándole cuanto tenía; casi había tenido que ir a pedir limosna para ella y Juanita, que era hija del señor de Realmont.

—Y ahora yo me muero ignorando el paradero del padre de mi hija, y la dejaré desamparada...

Llegó Juanita. Nemorin le tomó los frascos que traía y le dijo:

—Señorita, si me lo permite, seré su asistente.—Luego dirigióse a Nadia, mientras se secaba unas lágrimas:

—Señora condesa, ruegole que no se niegue a aceptar mis servicios. Yo tengo veinte mil francos que quiero que V. acepte.

Y sacando un fajo de billetes se los entregó a Juanita. Desde aquel día Nemorin quedó al servicio de Nadia y de su hija.

II

Aquel año se jugaba mucho en Monte-Carlo. Uno de los más asiduos concurrentes al Casino era un ruso, delegado del gobierno soviético en la Europa meridional. Llamábase Sakunine.

Acercóse el ruso a una mesa de *baccara*. En aquel momento tomaba la banca un caballero a quien creyó reconocer. Sakunine perdió todo lo que tenía y al salir preguntó a un empleado el nombre del que tenía la banca:—Señor, es el conde Ernesto de Realmont... Vive en Niza, en un palacio llamado Villa Montalba. Aquel nombre trajo a la memoria del ruso pasados recuerdos: Argel, la condesa Nadia.

Al llegar al hotel donde se albergaba, Sakunine halló a un hombre que le presentó un sobre cerrado; lo abrió y leyó: «*Compañero, a fin de mes necesitamos para nuestra propaganda todo el dinero que haya disponible en el banco... Kotchakoff.*»

Sakunine había perdido en el juego los fondos pertenecientes al comité revolucionario. Debía sacar el dinero de algún sitio y pensó en escoger una víctima.

Por una coordinación de ideas acudieron a su memoria dos nombres: Realmont y la condesa de Sokoloff a quien él había arruinado: pero que sabía tenía una hija nacida hacía diez y siete años de sus amores con aquel. Fué a su habitación y de su mesa escritorio sacó un memorandum que hojeó y en el cual leyó: «Nadia Sokoloff, calle de la Palmera, 25, Argel. Vive pobremente con su hija.»

Aquella noche Sakunine telefoneó a Marsella para que le reservasen un camarote en el primer vapor para Argel.

Desde que el señor Realmont abandonara a Nadia habían transcurrido diez y ocho años; pero aun la tenía grabada en el alma, por eso

había renunciado al matrimonio. Nunca pudo arrancarse del corazón el amoroso recuerdo de aquella mujer, ni siquiera durante los fragorosos días de la Gran Guerra, durante la cual ascendió a comandante por hechos de Armas en la ofensiva de la Champagne.

Comprendía, andando los años, que había sido excesivamente severo con Nadia: había visto a Nadia Sokoloff besar a un hombre, y ahora sabía que los rusos se despiden con un ósculo; poco a poco había ido formando cuerpo en su espíritu la idea de la inocencia de Nadia; por eso, terminada la guerra, determinó buscar a la condesa para echarse en sus brazos y pedirle perdón. Fué a Argel, preguntó por Nadia, indagó: la «Villa Tanit» había cambiado varias veces de propietario; nadie sabía nada de la condesa; volvió a París; y, actualmente, estaba en el palacio Moltalba, cerca de Niza.

Nemorin y Juanita extremaban sus cuidados con la pobre Nadia Sokoloff; pero todo era inútil: Nadia se moría, si bien conservaba toda la lucidez de su espíritu. Ahora moría tranquila, porque tenía a su hija bajo la protección de una persona honrada, que la cuidaría con cariño y que buscaría a su padre de ella.

El 17 de Abril de 1921, Nadia llamó a su hija; le explicó la irregularidad de su nacimiento, y la existencia de su padre, el conde Ernesto de Realmont. Luego hizo acercarse a Nemorin que lloraba en un rincón, y le dijo:

—Nemorin, se la confío a usted. Vele por ella... Y si alguna vez, Juanita, tropiezas con un ruso llamado Sakunine, que me ha arruinado, no te fíes de él, pues ha sido el causante de todas nuestras desgracias... Acuérdate de ese nombre... ¡Sakunine!—Luego Nadia colgó del cuello de su hija un saquito que contenía la sortija que Ernesto le había devuelto y una carta de Nadia para el conde.

A las tres de la tarde, en presencia de Juanita y Nemorin, Nadia Sokoloff expiraba vueltos sus ojos hacia el mar azul y murmurando:— ¡Ernesto!... ¡Ernesto... me muero!

Juanita y Nemorin acababan de llegar a su casa después de haber acompañado a Nadia al cementerio, cuando llamaron a la puerta. Abrió Nemorin y hallóse en presencia de un caballero, casi anciano, de elevada estatura, delgado; con los cabellos largos y completamente grises, y con la barba muy peinada.

—¿La Señora condesa de Sokoloff?

Juanita se adelantó y con acento doliente contestó:

—Señor, acabamos de acompañar a mamá al camposanto.

—¡Ha muerto!... ¡Dios mío, que desgracia!... Y el caballero se esforzó en llorar, fingiendo gran pena—¡ahora precisamente que venía en nombre del conde de Realmont!...

—¿Podríamos conocer su nombre?—preguntó Nemorin.

—Yo era el mejor amigo de la condesa a quien colmé de favores... Soy Sakunine.

—¡¡Sakunine!... — Exclamaron al unísono Juanita y Nemorin.

—Mamá ha muerto maldiciendo a usted... ¡Váyase de aquí!

—Pero...

—¡Largo de aquí, tunante!— Y Nemorin empujaba al recién llegado hacia la escalera.

Esteban y Dolores, la joven esposa de Nemorin, estaban sentados a la puerta de un café de Argel.

—¿Ves ese viejo que llega?—dijo Esteban a su amante.—Es un ruso amigo, con quien hemos hecho muy buenos *negocios*; se llama Sakunine.

—¡Hola, Esteban, hoy me cae V. que ni llovido del cielo!...

—¿Qué tal señor Sakunine?... La señorita Dolores, mi... amiga... ¿Qué hay de nuevo?

—Un *negocio* espléndido, Esteban; pero necesito la ayuda de V. y de esta señorita... y, a propósito ¿qué edad tiene V., señorita?

—Diez y siete años, señor.

En aquel instante Nemorin pasaba con un cesto por la acera de enfrente.

—Tápate con el velo, Dolores, que pasa Nemorin—dijo Esteban.

—¿Conoce V. a aquel tipo?—preguntó Sakunine.

Esteban contó al ruso la historia de Nemorin, sin ocultarle ningún detalle. Sakunine manifestó su plan: se trataba de apoderarse, por las buenas, de Juanita; llevarla a Marsella sin que llegase a conocer a su padre; para lo cual era preciso quitar a Nemorin del lado de la joven; presentar a Dolores como hija de Realmont, y, por este procedimiento, lograr robar al conde.

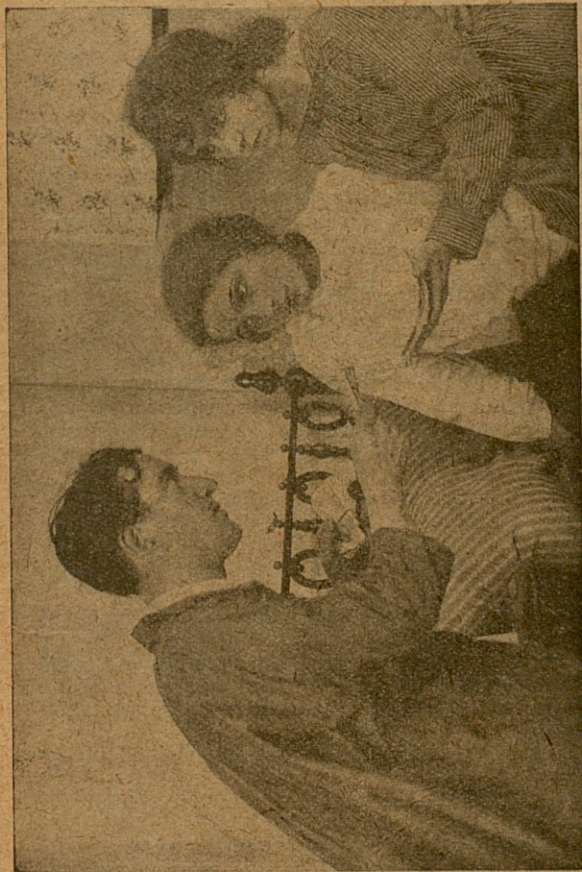
III

Esteban se encargó de separar a Nemorin de Juanita. Fué a verle. Le hizo creer que la policía le iría a buscar aquella noche y que debía huir, si no quería verse envuelto en un juicio por la muerte de su esposa.

Nemorin le agradeció el aviso y le pidió por favor se encargase del cuidado de Juanita, dando a esta la seguridad de que Esteban era su mejor amigo y que podía tener en él tanta confianza como en sí mismo.

Esteban ayudó a la fuga de Nemorin acompañándole al muelle, donde le hizo embarcar en un velero que hacía rumbo a Túnez.

Volvió Esteban al lado de Sakunine y de Dolores para darles cuenta de que tenían el camino expedito para obrar. Determinaron que Esteban acompañaría a Juanita a Marsella cuando recibiese unos informes, que Sakunine falsificaría dando cuenta de que el conde Realmont había perdido toda su fortuna y se había visto en la precisión de establecer un cafetín en la calle del Berro de Marsella, donde un amigo de Sakunine poseía un establecimiento de bebidas. Sakunine enteraría de sus proyectos al dueño del cafetín, llamado Jacobo Reboul, que debía pasar por el conde arruinado, y Esteban presentaría Juanita a su fingido padre que cuidaría de ella. Después Sakunine probaría al conde de



Y sacando un fajo de billetes, se los entregó a Juanita.

Realmont que tenía una hija y Dolores pasaría como huérfana de Nadia Sokoloff.

Volvió Esteban al lado de la huerfanita; mientras tanto Sakunine y Dolores navegaban con rumbo a Marsella.

El astuto ruso puso en antecedentes a Dolores de la vida de Nadia y la instruyó sobre el papel que iba a representar.

Pocos días después Esteban, que trataba con mucho miramiento a Juanita, leyó a ésta un informe que acababa de recibir, que decía: «*He aquí los resultados de nuestra información: El conde Ernesto de Realmont está completamente arruinado. Vive retirado en un arrabal de Marsella calle del Berro, 23, con el nombre supuesto de Jacobo Reboul...*»

Juanita se entristeció; pero compadeciéndose a su padre tuvo más deseos de irle a consolar.

Entretanto Sakunine había instruido al tabernero Jacobo Reboul, hombre ordinario y degenerado, del papel que debía representar.

Esteban y la huerfanita se embarcaron con rumbo a Marsella. Dirigiéronse a la calle del Berro.

Jacobo Reboul—que ya sabía de que se trataba—introdujo a los recién llegados a la trastienda.

—¿Es usted el conde Ernesto de Realmont?—preguntó Esteban.

—¡Chitón!—Exclamó Reboul en voz baja—no pronuncie V. este nombre... Sí, yo soy.

A una señal de Esteban, Juanita descolgó de su cuello la bolsita que su madre le entregara antes de morir, y se la entregó al tabernero.

—Lea V.—dijo Esteban—es de la condesa Sokoloff.

—¿De Nadia?... ¡Oh!... ¡Oh!... ¡Cuánto la quería!—Y leyó:

«*Ernesto: Te escribo estas líneas antes de morir. Es menester que sepas que nunca he dejado de pensar en ti, y que el hombre que en la noche del 3 de mayo de 1903...*»

—No puedo más...—Y el tabernero simuló un llanto acongojado.

—Después de marcharse V., la condesa Nadia Sokoloff dió a luz una niña... y esa niña, hija de V., es ésta...

—¡Hija mía!—berreó Reboul en tono exageradamente dramático, Juanita sollozaba.

—Hay que celebrarla—pronunció el tabernero levantándose.—¡Frasia, Frasia!... Trae tres Amer-Picon.

Juanita se negó a beber y se extrañó de que su padre, todo un conde, fuese tan bebedor y ordinario.

Frasia, la criada, se constituyó servidora de la huerfanita y fué la encargada de alojarla convenientemente.

Juanita, niña fina, educada, sufría horriblemente al ver al que ella creía su padre,—a quien todos llamaban de mote *Boulot*— en compañía de matones, meretrices y pinchos, y al saber, por Frasia, que el tabernero era un borracho de marca.

IV

—Señor conde, hay un caballero que desea hablar con usted.

—Que pase.

Entretanto Ernesto de Realmont leyó la tarjeta que su criado le había traído: «*Profesor Sakunine.*»

Entró éste. Sin hablar alargó una bolsita al conde—era la que Juanita llevaba al cuello y que Reboul había entregado a Sakunine—Realmont sacó de la bolsa un anillo y una carta. Examinó la sortija.

—La reconozco, es de Nadia Sokoloff.

Con avidez leyó la carta: *Ernesto: Te escribo estas líneas antes de morir. Es menester que sepas que nunca he dejado de pensar en ti, y que el hombre a quien di hospitalidad en la noche del 3 de mayo de 1903 en la «Villa Tanit» era un nihilista ruso perseguido por la policía y cuya identidad no podía revelarte sin exponerte a ti a morir...*

Al cabo de diez y siete años, arruinada y en las puertas del sepulcro te escribo para comunicarte que de nuestras breves horas de amorosa

confianza nació una niña a la que di el nombre de Juana.

Antes de morir le he confiado el secreto de su nacimiento y el nombre de su padre.

Ernesto, a las puertas de la muerte nadie miente... Nunca ha dejado de amarte tu

Nadia.»

Ernesto de Realmont se echó a llorar. Después de una pausa exclamó:

—¿De modo que ya no existe la condesa Nadia?

—Murió el 17 de abril...

El ruso se hizo pasar por íntimo amigo de la condesa, a quien, según él, había socorrido en los últimos años. Nadia le había confiado la misión de buscar al padre de Juanita, la cual esperaba en un auto a la puerta del palacio.

Levantóse precipitadamente Realmont y fué en busca de su hija.

Sakunine abrió la portezuela del automóvil y apareció Dolores, vestida de riguroso luto.

—Juanita — díjole el ruso —, este señor es su padre.

—¡Papá! — exclamó Dolores fingiendo una emoción no sentida.

—¡Hija mía!! — Y se abrazaron.

Hubo gran regocijo en la casa. Realmont, agradecido, suplicó al astuto moscovita se instalase en el palacio Montalba, y le dispuso habitaciones lujosas.

El plan de Sakunine iba a pedir de boca.

Mientras en el palacio Montalba gozaba Dolores del lujo debido a la hija de un prócer, en el mísero tugurio en la calle del Berro, sufría la hermosa huerfanita el martirio del abandono y desamor de un hombre brutal que se hacía pasar por padre de ella. ¡Cuántas veces se acordó de su pobre madre y de Nemorin!

El degenerado Reboul, en los excesos de embriaguez, en él frecuentes, llegó hasta pegar a la pobrecita huerfanita, que solo recibía consuelo de la criada Frasia, la cual la quería de veras.

Un día iba Frasia a la compra y atravesó la Cannebière. En una acera vió plantado a un hombre de buen aspecto, vestido de moro, cubierto con un fez y llevando alfombras, pieles y otros objetos orientales: era un vendedor ambulante. Al notar que la moza le miraba, ofreciéndole su mercancía. Frasia le compró un bolso-monedero.

Al día siguiente, Frasia volvió a encontrar al morito, y se hicieron amigos. El le preguntó su domicilio, ella le indicó el café de la calle del Berro y hasta le dijo su nombre; el moro también le indicó el suyo, llamábase Omar-Ben-Mazout.

Volviéronse a ver en el café del tío Boulot, como vulgarmente llamaban a Reboul y... fueron novios.

En una de las conversaciones íntimas de los novios, Frasia contó al vendedor ambulante el martirio que sufría la hija de su amo y le refirió la llegada de Juanita. Al oír este nombre el tunecino manifestó deseos de ver a la joven y quedaron en que, aquella noche, mientras el amo jugase con los concurrentes, le llevaría al cuarto de Juanita.

Así lo hicieron. Frasia, acompañada de su novio, llamó a la puerta y, al abrirla Juanita y ver al moro, se arrojó en sus brazos exclamando gozosa:

—¡Nemorin!... ¿Usted aquí?

Era, en efecto, Nemorin que — vestido de moro para mejor burlar a la policía que le buscaba, según él creía — se había constituido en vendedor de artículos orientales. La huerfanita le explicó cuanto le había sucedido y Nemorin comprendió que todo era debido a Sakunine y a su mal amigo Esteban; y dijo a la joven:

—La han engañado, Juanita; esta no es la casa de su padre.

—Ya decía yo... Una joven tan hermosa y honesta, hija de ese borracho — dijo Frasia —. Mire usted, señor *Ven-i-Ven*, yo había propuesto a

Juanita escaparnos las dos a mi pueblo natal. a San Lorenzo de los Alpes.

—No — contestó Nemorin, — ahora mismo me la llevo a mi habitación, y después vendré a buscarla a usted.

Reboul, que iba a acostarse, oyó la voz de un hombre en la habitación de Juanita; cogió su revólver y dispúsose a entrar. Al oír ruido de pasos en el corredor, Nemorin se escondió detrás de la puerta. Entró Reboul empuñando la pistola y al ver a las dos jóvenes, dijo a Frasia:

—¡Cómo!... ¿Eres tú?... ¿Qué has hecho del morito?... ¡Responde, granuja!...

Nemorin salió de su escondrijo y, de un puntapié, hizo que el tabernero fuese a dar contra la cama y dejase caer la pistola. Cogiéndola el fingido tunecino y apuntando con ella al borracho, le llenó de denuestos y le echó en cara su criminal proceder.

El se disculpó diciendo que dos amigos suyos habíanle obligado a representar aquella farsa.

—Di sus nombres, si no quieres irte al otro barrio.

—Sí, señor, sí; el uno se llama Sakunine y el otro es un joven de patillas a quien no conozco.

—¡Esteban!...

—Eso es; sí, señor; Esteban.

—¡Mal amigo, canalla, ladrón!— Yo me llevo a esta niña. Luego volveré para llevarme a Frasia. Mientras vuelvo, Frasia, toma esta arma y si el orangután este se mueve, lo mandas con Satanás, su pariente. Si tardo mucho, ven a la calle Mayor, número 52.

Fuéronse Nemorin y Juanita. En su piso de la calle Mayor dispuso aquél el lecho para que descansara la huérfana y — después de cerrar la puerta del piso por fuera y dejar la llave debajo de la puerta — voló al figón en un pesetero para buscar a Frasia y a recoger sus equipajes.

Antes de que Nemorin fuese a buscar a Frasia, Esteban volvió a la taberna de Reboul y se enteró de que Juanita había desaparecido, se enfureció contra el tabernero, porque aquella fuga podía echar por tierra todos los planes de Sakunine... ¿qué pasaría si Juanita hallaba a su verdadero padre?... ¡Horrible!... ¡Había que impedirlo!...

Reboul le contó la forma en que se llevó a la joven y los denuestos y dicterios que había echado contra Esteban. Este comprendió que el tal tunecino podía ser muy bien Nemorin y quiso cortarle la retirada.

—¿No sabe usted dónde vive?

—Sí, ha dicho a Frasia, a quien tiene que venir a buscar, que vive en la calle Mayor, número 52.

—Está bien... ¡Adiós!...

Esteban conversa con dos hombres de mala catadura en el muelle.

—Os ganáis quinientos francos si lo retenéis un par de horas.

—Pero... ¿si se resiste?

—Os hacéis pasar por policías y le decís: Usted es Nemorin, el que ha matado a su esposa en Biskra. Y él os seguirá como un cordero. Le metéis en el coche, dais vueltas por Marsella durante un par de horas y luego lo dejáis en libertad.

Momentos después, frente al número 52 de la calle Mayor está parado un coche en el que hay tres hombres. Bajó uno de ellos; era Esteban que entró en el número 52. En el segundo piso vió una placa en la puerta: *Omar-Ben-Mazout, negociante*. Escuchó; no se oía nada. Miró por una hendidura y vió la llave debajo de la puerta; la tomó, abrió; se introdujo, y vió a Juanita dormida. Iba a despertarla; mas oyó ruido y se escondió detrás de una cortina.

Poco después paróse un pesetero del que se apearon Frasia y Nemorin; entonces del coche

parado bajaron los dos hombres que, dirigiéndose a Nemorin, le dijeron:

—Dese usted preso, joven.

—Ustedes se equivocan; yo soy Omar-Ben-Mazout.

—¡Magras!... Usted es Nemorin, el que asesinó a su mujer en Biskra y... venga con nosotros a la Comi.

Uno de los dos hombres subió al pescante y dijo unas palabras en voz baja al cohero. Los dos hombres y Nemorin subieron al coche.

Frasia, llorando, subió al piso de Nemorin, que halló abierto... En aquel instante, Esteban se escondía detrás de la cortina. Al ruido de los pasos de Frasia despertó Juanita.

—¿Por qué lloras, Frasia?

—Porque a Omar le han cogido por asesino... Me ha engañado... Primero me dijo que se llamaba Omar y resulta que se llama Nemorin... Creí que era un hombre honrado... y ahora resulta que es un asesino.

—No lo creas, Frasia; eso es que a mi amigo y a mí nos persiguen... Debemos ir a tu pueblo.

—Sí, Juanita; vamos a la estación de San Carlos, pues dentro de una hora sale el tren para San Lorenzo de los Alpes.

Fuéronse las dos jóvenes, espías de cerca por Esteban, el cual al ver salir el tren quedó tranquilo: Nemorin ignoraría el paradero de la huérfana y ésta, escondida en un pueblo de la montaña, se alejaba de su padre. El y Sakunine triunfaban.

Esteban fué al Palacio Montalba a comunicar al ruso todo lo sucedido y a pedirle dinero.

El día antes el conde de Realmont, agradecido a los servicios de Sakunine y para compensarle de los sacrificios que había hecho—a decir del moscovita—por la difunta condesa de Sokoloff, regalóle cien mil francos. El ruso entregó a Esteban quince mil; prometiéndole algo más al regresar de Argel a donde debía ir en compañía de Realmont y de su hija. Quería Ernesto de Realmont visitar la tumba de su amante.

—Te advierto—decía Sakunine a Esteban—que el conde no volverá a Marsella.

—¿Lo harás desaparecer?

—Claro; es el momento, y la ocasión la pinta calva. Ayer hizo la inscripción de Dolores, con el nombre de Juanita, en el registro civil; mañana hará el testamento a favor de su hija...

—Ja, ja, ja...

—Y pasado mañana nos embarcaremos.

—Y al otro...

—No, él no llega a Argel. Ya lo tengo todo dispuesto. Ves—añadió, enseñándole un volante,—esta es su misma letra; lo he hecho escribir por un ruso calígrafo amigo mío; lee:

Esteban leyó: «No se culpe a nadie de mi muerte... Realmont».

—Te tengo que anunciar que ayer el conde regaló a tu amante... vamos, a su hija, un collar de brillantes.

—¡Cáscaras!... Esta noche vendré a ver a Dolores.

—No te molestes, porque el collar ya está en mi poder.

—¡Demonio!... ¿No puedo tener participación en el botín?

—Anda, vete, vete; no sea que venga el conde y nos agüe el vino.

VII

Llegaron Frasia y Rosita a San Lorenzo de los Alpes y fueron recibidas con gran contentamiento que el padre de aquella, el tío Sorbier. Frasia explicó a su padre la historia de la huérfana. El tío Sorbier creyó conveniente que el cura de la parroquia, el Abate Meral, se enterase de la situación de Juanita y ésta tuvo una entrevista con el buen párroco contándole todas las peripecias de su calvario.

Al día siguiente llegó al pueblo, para pasar unos días de vacaciones, el sobrino del Abate Meral, Pedro Meral, hijo de una distinguida familia parisién. Llegó a la rectoría en el preciso momento en que Juanita estaba en casa del cura.

Este hizo las presentaciones :

—La señorita Juanita... Realmont; mi sobrino Pedro Meral.

—Realmont... Realmont... Mi comandante se llamaba así, Ernesto de Realmont.

—No conozco a mi padre, ni sé donde está.

—¿Es el conde de Realmont?

—Sí, Ernesto de Realmont.

—Pues ahora está en su palacio de Montalba. Estuve con él en París hace quince días.

El buen cura prometió a Juanita escribir al conde; lo que hizo aquel mismo día. Decíale : *«Señor Conde : Deseo me conceda una entrevista para hablarle de un asunto muy urgente que sólo se puede explicar de viva voz... Abate Meral»*.

El joven Pedro Meral y Juanita fueron muy buenos amigos. Al día siguiente de llegar el sobrino del cura, quiso llevarla en su auto para pasear por la carretera; pero, en un viraje, el coche tropezó contra un árbol y Juanita, herida, tuvo que ser llevada al hospital.

Este accidente estrechó aun más los lazos de amistad entre el joven parisién y la huertanita; aquél iba con gran frecuencia a visitarla y Juanita solo hallaba alivio al lado de Pedro, cuya presencia deseaba.

Entreba Sakunine en el Palacio Montalba al mismo tiempo que el cartero. El ruso cogióle las cartas que llevaba, guerdó las que le iban dirigidas, y entre las consignadas al conde Realmont llamóle la atención una cuyo membrete decía : *«Curia de San Lorenzo de los Alpes»*. Esteban le había dicho que la huertanita se había dirigido a ese pueblo y temió que el cura enterara al marqués de la existencia de su verdadera hija, lo cual desmoronaba todos sus planes. Abrió la carta y después de leerla halló una solución : mandaría a San Lorenzo uno de sus acólitos para representar el papel de padre, el cual se llevaría la niña a Rusia.

Nemorin—después del último viaje en coche en compañía de dos policías, como él creía, de los

que se escapó por haberse dormido aquéllos en el coche después de dos horas de andar por Marsella—cuando veía un gendarme, procuraba esconderse en una tienda o en una portería. Iba intranquilo por la Cannebière, cuando vio llegar un agente de orden público; sin ver donde se metía entró en una librería de lance y empezó a hojear un anuario de París, y leyó : *Realmont (conde Ernesto de) Avenida Ruysdaël, 6, París. Villa Montalba en Niza*. Y pensó : —Mañana, sin falta iré a la «Villa Montalba».

VIII

El conde Ernesto de Realmont, Dolores (a quien él creía su hija) y Sakunine, se embarcaron a las seis de la tarde para Argel.

A la entrada de la noche hallábanse los tres sentados sobre cubierta. Sakunine dijo a Dolores :

—Señorita Juana, váyase a descansar que ya es tarde.

—Sí hija, sí, no sea que te enfries—añadió Ernesto.

Este y Sakunine se paseaban sobre cubierta en amable coloquio. El ruso que ya había tenido cuidado de abrir la escotilla, al volver a pasar ante el portalón abierto, agarró por los hombros al señor de Realmont y lo empujó al agua. Dolores desde su cámara había visto con horror desaparecer al conde.

Ya el barco había andado varias millas, cuando Sakunine empezó a dar gritos de ¡socorro!, a los que acudieron el capitán y la tripulación; Sakunine suplicaba al capitán descolgase las lanchas para salvar al conde que se había arrojado al agua con intención de suicidarse. Se paró el barco, se buscó, todo fué inútil : el conde había perecido.

Cuando Nemorin se presentó en la Villa Montalba supo por los criados que la noche anterior el señor conde se había embarcado para Argel con su hija y con el señor Sakunine.

Al oír este nombre no tuvo duda de que el

traidor moscovita había consumado otra tunantada... ¿Dónde dirigirse?... Pensó en Frasia... ¡San Lorenzo de los Alpes!...

Al día siguiente en el pueblecito Alpino preguntaba Nemorin por su novia y le condujeron a casa del tío Sorbier. Frasia lo recibió con frialdad: sabía que era un criminal. Nemorin preguntó por Juanita y al saber que estaba en el Hospital allí se dirigió.

Cuando entró en el cuarto de la huérfana, estaba con ella Pedro Meral. Juanita tuvo una satisfacción muy grande al volver a ver tan fiel amigo; y Meral se alegró de conocerle, ya que Juanita tanto se lo había ponderado.

Mientras Nemorin y Pedro Meral estaban con la huérfana, oyóse parar un auto a la puerta del hospital. Una monja entró en la habitación diciendo:

—Señorita Juana, su padre llega.

Nemorin y Meral miraron por la ventana y vieron apearse un caballero acompañado del Abate Meral, aquellos que conocían al conde, dijeron a la enfermita:

—No es su padre.

Pero Nemorin pensó mal y no erró:

—Esto es otra tunantada de Sakunine; escondámonos, don Pedro. Nemorin se metió debajo de la cama, y el joven Meral, detrás de la puerta.

Entraron el forastero y el abate, este dijo:

—Esta es la niña.

—¡Hija mía!... ¡Hija mía!... — clamó aquél dramáticamente.

—¡Miente V., Señor!... ¡Yo no soy su hija!...

—¿Qué dice esta niña?

—Digo que miente, que es V. un enviado de Sakunine.

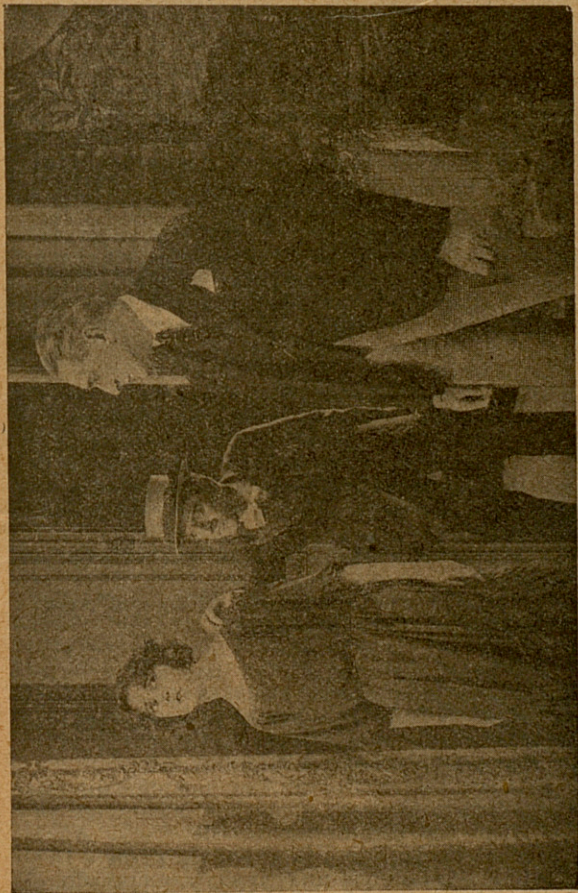
Salió Nemorin de debajo de la cama, repitiendo:

—¡Eso es!... ¡Un enviado de Sakunine, sí señor.

Pedro Meral exclamó con toda su fuerza:

—Yo conozco personalmente al conde de Realmont, y V. es un impostor.

El forastero, que estaba cercano a la ventana, con rapidez asombrosa, y antes de que nadie



... y a viva fuerza la llevó hacia el salón.

pensase en detenerlo, desapareció por ella y llegó hasta el auto que emprendió veloz carrera.

IX

Hacía una semana que la huerfanita, en compañía de Pedro Meral y de su tío el cura de San Lorenzo de los Alpes, se habían instalado en Maisons-Laffite, cerca de París, en casa de la Vda. Meral, cuñada del cura y madre de Pedro. Nemorin era el criado de la casa.

Desde el accidente del automóvil, Pedro y Juanita se amaban, y, con el roce, ese amor iba en proporción creciente. Prometieron ser el uno del otro. Una noche, después de cenar, estaba toda la familia de tertulia, menos Juanita que había ido a descansar, cuando entró Nemorin con el «Journal» desplegado:

—¡¡Horrible!!... ¡¡Horrible!!... ¡¡Asesinos!!... ¡Esto ha sido Sakunine!

—¿Qué hay Nemorin?—preguntó la viuda.

—Escuchen: «El yacht *Thetis* ha regresado a Niza. El capitán ha declarado que el conde de Realmont, se arrojó voluntariamente al mar la noche del 14 de mayo... y que no ha sido hallado su cadáver.»

—No se diga nada a Juanita...—mandó el Abate.

Nemorin prometió enterarse de lo que pasase en el Palacio de Realmont.

Dolores y Sakunine habían heredado y se les preparaba un porvenir brillante. Sin embargo se erguía delante de ellos la figura severa del tutor de la supuesta hija de Realmont, el señor de Bergeyère, primo del difunto conde.

Esteban veía a Dolores, su amante, sin que Bergeyère lo supiera, y muchas noches las pasaban en los centros alegres de París. Aquella noche habían ido a la «*Libélula Verde*». Después de sentarse a una mesa y empezado el baile, vieron llegar a dos jóvenes, eran Pedro Meral y un amigo suyo llamado Alberto que se hallaba en París de paso, y había manifestado a su amigo deseos de ir a la «*Libélula Verde*».

No encontraban mesas libres y Dolores ofrecióles la suya. Alberto inició conversación con Esteban; y Dolores con Pedro Meral. Este tenía encima de la mesa el tiket del guardarropa con el n.º 23. Dolores después de algunas insinuaciones, para que Meral le sacara a bailar y viendole a éste indiferente, díjole:

—Diga V., señor... veintitrés ¿quiere V. que bailemos este tango?

—Bailemos—contestó Meral levantándose y ofreciendo el brazo a Dolores.

—Baila V. muy bien... Está V. poco animado... Tendré gran placer en volverle a ver.

—Lo siento mucho, señorita; pero estoy en vísperas de casarme.

—¡Qué necio es V.!... Esa no es la razón para no verme. Además a mí nadie me resiste y yo le quiero a V.

—Ya estoy cansado... Voy a sentarme.—Meral se desasíó de su pareja y fuese a sentar mientras Dolores iba al tocador; escribió en una hoja de papel que perfumó, metió el papel en un sobre juntamente con una valiosa sortija de que se desprendió; fué al guardarropa y dijo al empleado:—Meta V. este sobre en el bolsillo del gabán del n.º 23.

Momentos después, a las dos de la madrugada, Pedro Meral tomaba el tren para Maisons-Laffite, a donde llegaba una hora después. Al apearse del tren y al ir a sacar el billete del bolsillo del abrigo, su mano tropezó con un papel. Lo sacó; era un sobre perfumado intensamente. Leyó: «A mi simpático bailarín: El sábado a las diez de la noche, en el Bosque de Bolonia, Pabellón Dauphine... Estaré sola... J...» Pedro se acordó de las palabras de Dolores y pensó:

—Iré para devolverle este anillo.

Cuando llegó a su casa, Juanita le esperaba en el vestíbulo con muestras de gran tristeza. Mientras Pedro dejaba el abrigo percibió su novia la fragancia de un perfume penetrante y notó en el hombro de Pedro la huella blanca de la mano de su bailadora. Pedro fué a descansar. Juanita metió la mano en el bolsillo de su gabán, que aquél había dejado en el vestíbulo, y halló

un sobre con un anillo. Leyó el billete ¡Horror!
¡Su novio se entendía con otra mujer!... Quedó anonadada.

El sábado siguiente al saber que Pedro había salido para París en el tren de las siete; preparó su maletín y fué, en la misma dirección, en el de las ocho. Tomó un coche; dirigióse al Bosque de Bolonia, y despidió al cochero cuando llegó cerca del Pabellón Dauphine, donde se escondió tras un árbol. Al poco vió llegar un automóvil lujoso del que se apeó una mujer joven y hermosa, que tomó asiento sola en una mesa, Juanita se estremeció; el perfume que exhalaba, la delataba. Poco después, Pedro iba a sentarse con aquella mujer. Juana no pudo más, faltábale la respiración; perdió el mundo de vista y se desplomó. Entretanto Pedro y Dolores tuvieron una entrevista cortísima.

—Señorita, vengo a devolverle su anillo.

—Ya le dije que cuando yo quiero a un hombre...

Pedro no la dejó terminar, marchóse a tomar el tren para Maisons-Laffitte. Cuando llegó todos estaban consternados: Juanita había desaparecido.

Algunos transeúntes del Bosque de Bolonia al ver a una joven desmayada frente al Pabellón Dauphine, pidieron auxilio. En aquel instante Dolores subía al automóvil; unos caballeros pidieron a la heredera del conde Realmont que admitiera en su coche, para llevar al Sanatorio más próximo a una señorita que estaba desvanecida.

Cuando volvió en sí Juanita, al aspirar aquel perfume conocido, miró a Dolores con ojos de terror.

—¡Usted!... ¿A dónde me lleva?

—Al Hospital.

—No, no quiero... V. me ha robado a mi prometido.

Juanita abrió la portezuela y arrojóse fuera del auto. Un coche que venía en dirección contraria estuvo a punto de aplastarla. Estaba inerte cuando la volvieron a subir al automóvil de Dolores que la llevó al Hospital Beaujou.

Mientras en casa de la señora de Meral todos estaban consternados por la desaparición de la huerfanita y ponían en movimiento todos los medios posibles para hallarla, en el Palacio de la avenida de Ruysdaël pasaban cosas graves.

Cuando Dolores llegó al Palacio vió como en una sala Sakunine preparaba unas maletas en las que encerraba objetos de gran valor.

—¡Ladrón!—exclamó la joven— prepara usted el vuelo ¿eh?

—¿Y a V. qué le importa, joven?

—Ya le diré si me importa—y saliendo dió vuelta a la llave dejando a Sakunine encerrado.

—¡Abre, abre, só ladrona!

Sakunine oyó pasos tras sí, y creyendo que algún criado había acudido, por otra parte, a sus gritos díjole:

—Dé V. la vuelta y ábrame.

—¡¡Sakunine!!—clamó el recién llegado.

Volvióse el interpelado y dejó caer el maletín que tenía en la mano. Pálido, tembloroso gimió:

—¡¡Realmont!!

—¿Le sorprende mi presencia?... ¡¡Criminal!!... ¡Aun vivo!...

Al lado del conde estaba su primo Vergeyère empuñando un revólver; este volvióse y llamó:

—Puede V. entrar, Señor comisario.

Un comisario penetró acompañado de dos agentes que esposaron al ruso.

—¿Dónde está mi hija?—preguntó el conde.

En esta pregunta creyó el moscovita ver su salvación y contestó al conde:

—Si V. despacha a estos policías y me da palabra de dejarme en libertad le devolveré a su hija... Si me aprisionan, su hija desaparecerá para siempre.

Dolores que escuchaba detrás de la puerta, quiso huir, dirigióse a la puerta del jardín, pero en el momento de abrir la verja topó de manos a boca con un hombre. Horrorizada exclamó:

—¡¡Nemorin!!...

—¡¡Dolores!!... ¡Viva y en el palacio del conde!... ¿Qué lío es este?

—Déjame salir...

—¿Tan tonto me crees?... Ven, ven.—Cogióla por el brazo y a viva fuerza la llevó hacia el salón donde estaban los que rodeaban a Sakunine. Al ver al conde no daba crédito a sus ojos.

—Verdaderamente hoy es día de aparecidos... ¿No me conoce V., mi capitán?—Y Nemorin saludaba militarmente — Recuerde... Argel... 1903... Nemorin, su asistente.

—¡Tú!... ¡qué alegría!...—y le estrechó las manos.

—Mi capitán, este bandido, ha raptado a la señorita Juana, a su hija de V....

—¿La conoces?... ¿Dónde está?...

—Hasta ayer estaba en casa de unas bellísimas personas; pero Sakunine ha debido raptarla por segunda vez... Esta debe saber algo—y señaló a Dolores.

—¿La conoces?—preguntó el conde.

—Es mi mujer.

—¡¡Oh!!

Sakunine fué conducido a la comisaría.

XI

Al día siguiente el abate Meral y su sobrino Pedro, guiados por Nemorin, fueron al palacio de Realmont. Llegaron en el momento en que la policía acababa de introducir a los nuevos apresados como cómplices de la desaparición de la huérfana, Esteban y Reboul. Dolores también se hallaba entre los presentes.

Pedro al reconocer a Dolores exclamó:

—¡Es ella!—dirigiéndose a la joven díjole:

—¡Representó V. conmigo aquella comedia para alejarme de Maison-Laffitte, y poder hacer desaparecer así a mi prometida?

Al oír Dolores estas palabras comprendió las de la joven a quien había acompañado en el auto; no cabía duda, aquella niña era Juanita. Preguntó:

—¿Es rubia, enlutada, de ojos azules?

—Sí, sí...

—¡Pues bien!, la recogieron anoche a las diez

en el Bosque de Bolonia y la trasladaron al Hospital Beaujou.

Mientras los policías guardaban a los culpables, el conde, el Abate y su Sobrino tomaron el automóvil dirigiéndose al Hospital Beaujou. Preguntaron por la niña; la habían dado de alta y se estaba vistiendo.

Aguardaron en un salón y un momento después llegaba acompañada de una enfermera, La primera persona en quien se fijó fué en su novio; avanzó hacia él avergonzada, y escondiendo su cabeza en el hombro de éste exclamó:

—¡Pedro!

El conde estaba conmovido: acababa de ver la figura de Nadia; sí, aquella era su hija.

—Juanita, díjole Pedro—sí, V. supiera... su primer beso no hubiera sido para mí.

Volvió Juanita la cabeza hacia el señor de Realmont que lloraba silenciosamente... Pálida, temblorosa, al contemplar a aquel caballero tan distinguido con los ojos anegados en llanto y en cuya faz se pintaban los encontrados sentimientos de tristeza y alegría, preguntó a su novio con acento de dulzura inefable:

—¿Es mi padre?

El señor de Realmont, emocionadísimo, sin pronunciar una sola palabra, abrió los brazos y Juanita cayó en ellos sollozando... ¡La huérfanita había terminado su calvario!

La madre de Pedro Meral formalizó la petición de mano de Juanita de Realmont para su hijo, a lo que gustoso accedió el conde con satisfacción inmensa por parte de los novios.

Nemorin fué admitido en el Palacio del conde como primer administrador y factotum.

Sakunine y Esteban fueron condenados a cadena perpetua, y el tío Boulot a veinte años de prisión mayor; siendo absuelta Dolores, a petición del conde y de Juanita.

La felicidad extendió sus alas bienhechoras sobre aquella familia, y el conde de Realmont se encontró rejuvenecido de diez y ocho años al volver a contemplar, en la persona de su hija amada, a Nadia, mujer de sus amores.

FIN

2.º Concurso de BIBLIOTECA FILMS

El 26 de agosto termina el plazo para la admisión de soluciones de nuestro segundo Concurso, cuyas Bases se publicaron en el núm. 17. El premio lo constituye una magnífica

MÁQUINA PARLANTE

Motor
perfecto
y
resis-
tente



Dia-
fragma
claro
y
potente

de la antigua y acreditada Casa
CESAR VICENTE

Paseo Gracia, 4- BARCELONA y Montera, 22 - MADRID

Juntamente con la **Máquina Parlante** se regala también cuatro piezas, dos discos **Autófono** para impresionar la voz en su propia casa y doscientas agujas para las audiciones.

Próximo número, día 26 agosto

CLARITA MAY

finísima comedia americana, estilo moderno. Por BESSIE LOVE

Postal: BESSIE LOVE

25 céntimos.

Debido a una fineza de la dirección del **PROGRAMA AJURIA** podemos ofrecer a nuestros lectores la artística y reciente fotografía de la bellísima estrella **Dorothy Gish**.

Sociedad General de Publicaciones

S. A.

Diputación, 211, Barcelona Valverde, 21 dup. Madrid

NOVELAS DE EMOCIÓN Y MISTERIO

con preciosas fotografías de las películas

VOLÚMENES PUBLICADOS EN ESTA COLECCIÓN

Las dos niñas de París

Judex

Nueva misión de Judex

Barrabás

La huérfanita

El signo del Zorro

Parisette

El capitán Kidd

La coqueta irresistible

Por la puerta de servicio

El hombre de las tres caras

Pimentilla

El hijo del pirata

La amordazada

Esposas frívolas

La tragedia del correo de Lyon

Cada tomo con fotografías y cubierta en colores 2 ptas.

ÚLTIMO VOLUMEN APARECIDO

El Hijo de la Parroquia

Adaptación cinematográfica de la célebre novela
del mismo nombre, por Charles Dickens, con
fotografías, pesetas

1.50

Estas novelas se hallan de venta en las buenas librerías,
en los quioscos y en casa de los corresponsales de *El
Hogar y la Moda*. Si no las encuentra en su localidad,
las recibirá a vuelta de correo remitiendo el importe
por giro postal o en sellos de correo a los editores.